

Principio y fin

A finales de los cincuenta del pasado siglo, Thomas Bernhard, que había publicado ya relatos y poemas, y había sido (lo que es importante) cronista de tribunales y periodista, comienza a escribir una novela de largo aliento. Se llamará *Schwarzach - St. Veit*, nombre de una estación de ferrocarril que conoce bien, porque estuvo muy cerca una larga temporada, ingresado en el sanatorio antituberculoso de Grafenhof. Termina el libro en 1959, intenta publicarlo en la editorial S. Fischer, que lo rechaza, y en 1961 envía el manuscrito alterado, con el título de *El bosque en la calle*, a la editorial Suhrkamp, que lo rechaza también.

Treinta años más tarde, cuando se está muriendo, propone a la editorial Residenz de Salzburgo, que ha publicado sus cinco libros “autobiográficos” anteriores, una nueva versión (*La posada*.

Un fin de semana), abreviada, revisada y corregida. El contrato que firma en Torremolinos, España, (donde pasa las Navidades de 1988) con el director de Residenz es, por lo menos, sorprendente. Bernhard le cede todos sus derechos por dos años, para una edición sin límite de ejemplares por la que no desea recibir remuneración alguna. Luego, los derechos pasarán a la editorial Suhrkamp, en la que espera que toda su obra quede para siempre.

Las razones no son claras, pero sí hasta cierto punto comprensibles. Además del deseo de Bernhard de contar, al menos, con dos editoriales para poder irritar todo lo posible a Siegfried Unseld, el director de Suhrkamp, la verdad es que *En las alturas* es un libro eminentemente salzburgués. El denostado Salzburgo (con el que Bernhard mantuvo una innegable relación de amor-odio) aparece por todas partes: en el nombre de una calle, en el de un café... El buen aficionado a Bernhard rastreará las referencias.

La editorial Residenz publicó efectivamente el libro en febrero de 1989, cuando dos semanas antes, el día 12, había muerto ya Thomas Bernhard.

Confieso que, la primera vez que lo leí, el libro me pareció un cuaderno de apuntes, casi un diario. La crítica, sobre todo la norteamericana, lo

ha considerado surrealista (le ha extrañado mucho que conste de “una sola frase”, lo que no es exacto) y, sobre todo, la nefasta Sophie Wilkins (que escribe un epílogo para *On the Mountain*, la traducción inglesa hecha por Russell Stockman) compara a Bernhard con Samuel Beckett o Franz Kafka... lo cual significa solo que todo puede compararse con todo. ¿Por qué no hablar por ejemplo, como hace con más sentido Manfred Mittermeier, de *Las olas* de Virginia Woolf?

A mí me parece que *En las alturas* es una obra que se sostiene sobradamente por sí misma y que, bordeando siempre la poesía y el aforismo, está llena de hallazgos sorprendentes, incluido algún esbozo de historia de amor, nada frecuente en la obra bernhardiana. Hay en ella también todo un repertorio de temas que reaparecerán en otras obras suyas.

Y luego están los perros (sobre Bernhard y los perros se podría escribir una tesis doctoral). El perro que aparece en este libro es, al parecer, un cachorro comprado en el boulevard Haussmann de París, y es fama que Bernhard, en su época de periodista del *Demokratisches Volksblatt* de Salzburgo, tenía un perrito que molestaba a todo el mundo, porque su dueño se empeñaba en llevarlo suelto. El perro de *En las alturas* parece

más bien viejo y maloliente, pero la verdad es que Bernhard fue luego un hombre sin perro, lo que es una lástima porque, seguramente, tenerlo le habría sentado bien. Quizá su inveterada afición a los viajes y su mala salud lo hicieron imposible.

En la obra de Bernhard hay pasajes estremecedores, como el capítulo sobre “El ladrido de los perros” de *Helada*. Por otra parte, en *Hormigón* hay un ataque frontal a Schopenhauer (uno de los filósofos que Bernhard más admiró), al que acusa de ser un hombre esclavo de su perro. Con todo, la última frase de *En las alturas* es, quizá, la más atroz que Bernhard, que no tenía nada de timorato, escribió jamás.

Miguel Sáenz

Diciembre de 2016

En las alturas

Tentativa de salvamento, absurdo

Patria, *absurdo*,

las tradiciones utilizan continuamente las mismas palabras, giros, triunfalismos: desarrollo de sus familias, de sus propias personas, *connacionales*: Estado nacional, gramática nacional, salud nacional, válvula de escape nacional, paraíso nacional, himno nacional, traición nacional, fiesta nacional, etc.,

sobre el catedrático: cuando contemplamos a un hombre *al que matan de una forma misteriosa, pero cuya muerte no se produce inmediatamente sino poco a poco, sin que el interesado sepa quiénes son sus asesinos*, aunque no haya duda alguna de que se trata de una muerte violenta; así pues, cuando vemos a un hombre así, que, lentamente, de forma plenamente consciente, asume la esencia de un muerto, nada puede evitar que yo *crea* en esa imagen, nadie podrá evitar nunca que *vea* esa

imagen; escribo mi artículo y lo entrego en la redacción, doy un paseo, durante horas de un lado a otro, esa gente, *cómica*, *autoengaño*: sus contorsiones faciales, cómo *podrían* volver a salir de la cárcel en que fueron encerrados, no queda la menor esperanza,

la realidad es que lo que expresamos, escribimos, es diez veces más tonto que lo que pensamos, pero sin embargo, como los grandes escritores, nos dejamos tomar por mucho más tontos de lo que somos, y cometemos el *absurdo* de decir algo, escribirlo, expresar una opinión, defender una orientación, pronunciarnos por una idea,

en las alturas:

ponerme los calcetines de lana, no perder de vista al hostelero, papel verjurado, *insistir* en mi habitación, *contradecir* al catedrático, con la señorita al bosquecillo de alerces, lo que vendrá está ya en el terraplén: baja por el paseo con el perro del guardabarrera, duerme en su lecho pútrido,

llena los armarios, arcones, cómodas, cajones,
el aire penetra en todo como aire viciado,
como nieve, como hielo, como viento primaveral,
y los mata a todos,
hasta a los que huyeron a las montañas,
las veo pelear con sus maridos y los veo pelear con
sus mujeres, correr a lo largo del canal, pensando
si precipitarse en él y dejarse despedazar *o no*,

vuelvo a casa y la dueña me dice que tengo que
irme, no puede soportar al perro, *ni olerlo*, tengo
que irme, antes de una semana, hace una semana
me dijo que me fuera, no me he ido, que quiere
que me vaya de su casa,

personalidad, política, odio: *escriba un libro que
esté totalmente de acuerdo con su forma de ser, un
libro que esté totalmente de acuerdo con todos,
hay que dar prioridad a la hipótesis, todo tiene
que acabar con la victoria de la hipótesis como
realidad,*

obedecer con la masa, destruir con la masa, matar
con la masa, hundirse con la masa,
mostrar las relaciones entre contrarios, *anotarlas*,
fomentar la desconsideración,
que ella quiera deshacerse del perro, le apesta el
aire como me lo apesta *a mí*, pero yo *necesito* ese

olor penetrante, ella no lo necesita y por tanto quiere que me vaya: en cualquier caso, el perro *ha sido* siempre un gran problema, lo ensucia todo, pero su horrible hedor engendra el origen de grandes pensamientos: Pushkin (Alexander), Flaubert,

me escapo, yendo y viniendo a lo largo del río, por la calle de Paris-Lodron,
 escribo en una tarjeta que *no* me iré,
 una gran parte, ha dicho el catedrático, está tan amargada porque se siente engañada *por el bajo porcentaje* de inteligencia,
 eso se aplica también a la dueña, al fin y al cabo no puedo matar al perro como se mata a una persona,
muy de mañana me voy a las montañas, a las alturas,
 política, compasión, pudor, virtud,
 no se respeta al Parlamento; lo abiertamente expresado y repetido tozudamente una y otra vez conduce inevitablemente a una demanda judicial, a una condena, *la descomposición del poder estatal*,
 cuando se dice que él, el presidente de la República Federal, padece satiriasis, que vino al mundo en

calidad de ANENCÉFALO: *la hacienda pública ha caído en el desorden,*
me alojaré en mi habitación, en ninguna otra,
los críticos se arrastran mutuamente por el fango,
por ejemplo, no se debe decir del presidente del Consejo Nacional que es un cerdo,
el señor cronista de los tribunales entra en la redacción sin saludar a nadie,
nada contra la cultura de la gran ciudad, nada contra las exposiciones, todo contra el ministro que ha inaugurado la exposición,
tengo que señalarle que *cualquier declaración* suya podrá ser negativamente valorada, lo que ha olvidado mencionar el fiscal, *pero yo someto a su reflexión, señores del jurado,* esa frase para su constancia, *para su anotación,* para su consideración una y otra vez,
reflexionar en la posibilidad de una condena definitiva de la inteligencia.
él se ocupa de mil cosas *¿inteligencia?*, que no me interesan lo más mínimo, por ejemplo de su divorciada mujer,
esos pocos sustantivos, esas pocas frases subordinadas, la propietaria de la galería iba mal vestida, conversación superficial con su marido, lo que ella agita a mi alrededor, los *parloteos* demenciales, no tiene nada que decir, pero el encuentro

me ha refrescado, al fin y al cabo, *es una persona importante*, y eso no quiero pasarlo por alto, los cuadros que cuelgan en la galería me han dado *un inmenso deseo de trabajar*, aunque no son más que de gente muy famosa no puedo quitarme de la mente la sospecha de que se trata nada más que de *chapuzas*,

aprovecharse ¿por qué no?

la muerte desciende al final a la vida: enterró la tierra donde tú lloraste, mató la ciudad con su agitación absurda, las pobres mujeres, los malos poetas, mató a muchos mientras se despertaban, se puso a trabajar, *impasible*,

un sacerdote es aplastado por dos tranvías, nadie se ocupa de él,

los pensamientos se acumulan y se resisten a ser anotados en mi encéfalo ¿qué vale un pensamiento anotado en mi cerebro?

emergen, se hunden: definitivamente: mujeres, hombres entre el placer y la desesperación,

el pensamiento de Kant: algo *sobre los colores del otoño*, se querría escupirlo inmediatamente,

las doce: el despedazamiento de todos los sueños, el mundo deja de existir, se recompone, pero nadie lo ve,

los azares decisivos se coagulan por completo con la irrupción del invierno, *dos mil chalecos de*

invierno no entregados cambian radicalmente la superficie terrestre,
no hay chusma mayor que los escritores, *artistas*,
todas las realizaciones ocultadas, enormes esfuerzos pagados con calumnias y silencio,
la condición del escritor se sitúa más abajo aún que la del comerciante, muy por debajo de la condición del político,
para llegar a los escritores: *descender al fango*,

Ustedes los hombres no comprenden nada, dice ella, me echa, poniéndome los pies en la espalda, *canalla*, dice: *calor, aliento, deseo*,

estoy completamente agotado y me voy, efectivamente no puedo entrar al día siguiente, ella no me abre, sencillamente no me deja entrar, me deja en la puerta, al amanecer voy a andar por el parque, a la tarde estoy de nuevo ante la rendija de su puerta, ella me abre, se ríe, se me echa al cuello, es como ha sido siempre, como en los primeros días,
escribo una línea ¿cuántas semanas hace que no escribo ni una línea?, no es importante que alguien escriba, lo que escriba, me digo una y otra vez qué poco importante es, lamentable, indecente, pero esa línea se podría continuar, desarrollar,

convertirse en poema, en un jirón, en un abyecto
 jirón de *viento y podredumbre*,
 revuelvo los manuscritos, este montón, estas pi-
 las de papel, arranco una página aquí, una página
 allá, diez páginas, veinte páginas, cien páginas y
 las tiro a la estufa,
 me asquean, no encuentro nada, nada, ni una
 coma, lo quemaré todo,
 pero ¿dónde están las cerillas?, sin cerillas no pue-
 do encenderlo, me echo sobre mi montón de pape-
 les y ardo, todo arde dentro de mí, ardo sobre este
 montón de basura, sobre este maloliente montón
 de basura de la abyección,

un día lo cortan a uno, al principio mismo lo cor-
 tan a uno y ya no puede volver atrás, el lenguaje
 que aprende y todo el arte de andar y todo en ge-
 neral solo sirven a ese único pensamiento de *cómo*
volver atrás,
 se llenan la barriga de cerveza y de asado y vuel-
 ven a vomitarlo,
el embrutecimiento de su condición,
 me desnudo, ato mis vestidos sobre la cabeza, me
 envuelvo el cráneo afeitado y nado hasta la otra
 orilla; un pez tiene miedo; el agua está helada, me
 asusta lo helada que está el agua, los escalofríos
 me sacuden la nuca de un lado a otro, corro, mi

perro me espera, ha vuelto a encontrar su protector,
su pésimo protector,
soy partidario del burdel, ha dicho el catedrático,
no va contra la Naturaleza, estoy contra todo lo que está contra la Naturaleza, porque la Naturaleza soy yo, lo que no puedo soportar: *ética, religión*,

en el mercado como zanahorias y salchichón de caballo, un dolorcillo en la mitad inferior izquierda del vientre, pero eso se ha convertido en costumbre: en los patios, en el tejado, en los cajones de arena donde juegan los niños, en el excusado, cuando atravieso la iglesia, me encojo, vuelvo atrás, son las estudiantes de bachillerato: estiro el cuello, me subo al pedestal del monumento, ahí está otra vez, la sensación *de estar enfermo, retrasado*, las cabezas que aparecen, los cientos de cabezas distintas,
las cabezas amasadas por la estupidez,
me subo de un salto al banco, a mis espaldas la mirada de las aves de rapiña,
enfermedades humanas, trasplantadas al vientre de las vacas, terneras muertas, articulaciones de caballos, colas de bueyes,
mi propia voz surgiendo de todas esas cajas torácicas,